

## **LA INDUSTRIA DE LA CULTURA Y EL DESARROLLO SOCIAL**

Salomón Kalmanovitz

El desarrollo social es uno de esos términos abarcales que no dicen gran cosa. Se podría entender como el conjunto de factores – salud, educación, recreación, solidaridad, confianza, tejido social - que contribuyen al desarrollo pleno de los ciudadanos, de acuerdo con sus capacidades y vocaciones. Uno de esos factores sería el acceso a la cultura y al entretenimiento. La industria cultural de masas estaría concentrada en hacer disfrutar del tiempo libre que le resta a los ciudadanos, lo que les debe generar una excitación de los sentidos y, de alguna manera, un desarrollo de sus capacidades. Así cómo el Estado está presente en la organización y distribución de los bienes meritorios, como la salud y la educación, debe destinar recursos para salvaguardar los patrimonios artísticos, culturales e históricos de la sociedad, haciéndolos accesibles a toda la población. Fuera de eso, el Estado puede desplegar una regulación que fomente los procesos de creación mediante la protección de los derechos de autor, debilite los monopolios e incentive la competencia, abarate los costos de transacción que tienen que ver con las industrias culturales, garantice espacios de proyección para la producción local, facilite las exportaciones de bienes y servicios culturales, etc. Como puede apreciarse de esta lista, la intervención del estado colombiano ha picado en cada uno de los terrenos, nunca se ha molestado con el tema de la competencia, de tal modo que en el terreno de la cultura su intervención ha sido inconsistente y errática.

### **El problema de la intervención del Estado y del mercado**

El problema de la intervención del Estado en la oferta de bienes culturales es que termina definiendo rumbos y haciendo imposiciones por la vía positiva (la oferta que promueve) o negativa (la oferta que restringe o censura). A su base está el problema de la libertad y del paternalismo: si es que alguien está en posición de decidir por los demás, lo que de entrada atenta contra el principio de igualdad y de responsabilidad ciudadana, pues los demás serían en cierta forma personas que no tienen responsabilidad (menores de edad, locos, pobres) y el soberano les estaría ofreciendo una orientación que se justifica desde el punto de vista de que es en el mejor interés de todos ellos pues conoce las realidades y aspiraciones de cada grupo por el que decide.

Desde la orilla opuesta se plantea que la libertad tampoco reside en el mercado pues este termina decidiendo que es “lo verdadero, lo bello, el bien, lo justo...”. Detrás de ese mercado estaría una estructura de la producción y distribución compuesta por grandes transnacionales manipulativas de las necesidades del público. La cultura dominante se derivaría de la economía dominante y no habría posibilidad para alternativas culturales distintas. Se dice además que el mercado es como una persona muy grandota y perversa que “no es muy imaginativa, no arriesga, no quiere sino beneficios económicos”. Es como cuando los conservadores acusaban al utilitarismo de Bentham de los pecados de ser muy egoísta sin contar que era mejor el cálculo individual frío, por lo menos pacífico, que confrontado con otro interés individual distinto al suyo tendría que considerar y sopesar, que las pasiones religiosas y políticas, muy nobles por cierto, pero que generaban mucha violencia descontrolada e irracional.

Lo que hay que considerar es si una sociedad abierta es compatible con las transnacionales, si su presencia impide que sean escuchadas las voces de los académicos y de los artistas, de los ciudadanos interesados y si frena la acción de las organizaciones civiles.

En verdad el mercado está cambiando las correlaciones de fuerza entre las empresas que lo atienden y es posible que subsista al lado de mecanismos de participación donde las personas tienen verdaderas alternativas.

El mercado no es un ente monolítico y a través de él se expresan muchos intereses que juntos se definen como una demanda. Así, la clase media culta genera una demanda por bienes culturales de alta calidad – música clásica y electrónica, literatura y poesía, cine danés y sueco, televisión de alta calidad, danza, pintura, escultura, - en donde se impone la creatividad y el genio. En algunos países, como los Estados Unidos, es tan sustancial que genera un mercado con economías de escala para obras de teatro, de danza, televisión por cable, cine independiente y millares de publicaciones periódicas. En forma similar, un movimiento político que es crecientemente aceptado por los ciudadanos puede contar con una demanda fuerte por los escritos de sus intelectuales.

En mi experiencia como intelectual mi bronca con el mercado no fue excesiva porque las revistas en que colaboraba y los libros que publicaba tenían bastante demanda. Movimientos culturales o de género importantes como el feminismo o el que defiende la condición homosexual tendrán un recibimiento apreciable entre las personas interesadas. Movimientos juveniles como el que se opuso a la guerra del Vietnam en los Estados Unidos doblegaron la censura de los medios y de las industrias culturales, viéndose forzadas aquellas a permitir una mayor libertad y a producir y vender la cultura que no era políticamente correcta en su momento. El mercado expresa sentimientos encontrados: los espíritus animales de los inversionistas de bolsa, ya sea una euforia o un pesimismo que en ninguno de los casos tiene bases racionales. Lo que no expresa el mercado son los intereses de los ciudadanos que tienen muy escasa capacidad de compra y poca capacidad de expresar sus necesidades, sus ideas y sus sentimientos. El mercado tiene fallas y el estado debe intervenir en las áreas culturales y científicas para apoyar la creación, investigación y publicación de obras, especialmente cuando la comunidad científica y cultural son incipientes.

### **Cultura nacional y cultura global**

En cada país, inclusive en cada región, la mayor parte de la población se identifica con valores y lenguas nacionales, de tal modo que aun en el más globalizado de los mundos habrá siempre una demanda por películas, música, literatura, comix, entre otros, que interpelan a las comunidades de historia y lengua, aunque estas se debiliten por las comunidades internacionales como la CEE. Estas comunidades y la globalización pueden contribuir a la paz mundial al debilitar al nacionalismo, por lo menos en Europa ha ahorrado hasta el momento una tercera guerra mundial y ha permitido la disolución relativamente pacífica del socialismo.

Habría que preguntarse si la cultura norteamericana no tiene algunos méritos intrínsecos de apelación a las masas, virtuosismo técnico, proliferación física en términos intelectuales y artísticos, y agilidad que conducen a que en cada mercado nacional apropie una proporción grande de la demanda por entretenimiento. Sobre el mercado de masas casi toda la producción (nacional o transnacional) es de mala calidad, dado el bajo nivel educativo y el poco tiempo libre del que disponen esas masas, pero la producción norteamericana tiene mejor presentación. La basura gringa es mejor que las otras. Es más, la globalización requiere para funcionar que haya avenidas abiertas entre las transnacionales de la cultura y las producciones nacionales porque no pueden entrar a un mercado ignorando sus preferencias. Las disqueras transnacionales o los canales del cable no ignoran a Charly

García, a Shaquira, a Carlos Vives, ni a Aterciopelados. Lo malo es que no muchos artistas caben en los apretados escenarios globales. MTV Europa le da juego a los grupos franceses, alemanes y holandeses, pero todos preferiblemente cantan en inglés.

El rock y el jazz son inventos norteamericanos. Sin embargo, en cien países sus artistas los han adaptado a sus condiciones y algunos se han devuelto a Estados Unidos, desatando un enorme potencial creativo que avanza en muchas direcciones. El jazz se desarrolló profundamente en cierto momento más en Europa que en Estados Unidos. El raggaie jamaicano fue apropiado por el punk rock inglés. Los Beatles utilizaron la cítara hindú. El último de la fila recreó las raíces árabes del flamenco y la fusionó con el rock. El jazz y el rock africanos están teniendo una gran aceptación en Estados Unidos y Europa. La cultura de masas es también de duración precaria y va apropiando propuestas y desechándolas rápidamente, pero a la vez va haciendo conocer esos mundos foráneos y extraños que de cierta manera va acercando y reconociendo, así sea fugazmente. Y no es algo nuevo: en su momento el mambo, la samba y el tango hicieron furor en los escenarios norteamericanos.

Para no ir más lejos creo que el rock colombiano ha mostrado una gran inventiva y se ha ganado la aceptación de los jóvenes de todas las clases sociales. Eso no impide que los jóvenes expositores de la música tradicional colombiana estén haciendo fusiones con el jazz, creando improvisaciones muy lindas de viejas guabinas y bambucos. El jazz latino tiene su pequeño segmento de mercado. El vallenato le metió electricidad a sus instrumentos y se convirtió en una música de masas nacional y convive con el rock en compartimentos estancos. El chucu-chucu sigue inamovible y la salsa dejó de avanzar en las preferencias de la gente joven para dar lugar al espantoso merengue. ¿Será que los mayores de 55 lo prohibimos?

Cada cual, especialmente el gobierno, creará que su cultura nacional es lo mejor del planeta. El senador McCarthy creía firmemente que los enemigos e incluso los que no simpatizaban con la forma de vida norteamericana debían ser aniquilados. En otras parte se defienden las virtudes nacionales con cuotas que entre más estrictas más cercenan la libertad de los espectadores. Permitir que las pasiones, en este caso nacionalistas, decidan sobre la cultura o cualquier otro tema es siempre peligroso. Karl Popper e Isaiah Berlín han llamado la atención sobre el peligro implícito en permitir el predominio de las pasiones sobre la esfera pública, de cuestionar las inclinaciones de la opinión pública y cómo los intelectuales debemos procurar plantear lo razonable, el respeto por los demás y el respeto por la tradición. En los países de tradición centralista se establecen cuotas y nosotros tenemos una sobre el horario triple A de la televisión. La cuota implica decirle al público: “es que a ustedes les gusta demasiado estas películas extranjeras malas y se las vamos a racionar, vamos a darle menos de las que ustedes desean, vamos a darle más de nuestras bellas películas nacionales”. Menos karate kid -¿triunfo taiwanés? – menos rambos, menos películas de vaqueros que hicieron tan bien los italianos.

Nuestra tradición centralista también justifica el uso de cuotas y restricciones en algunos aspectos, pero prima el desorden y el incumplimiento de las normas. Tenemos cuotas de series colombianas de TV, lo cual no ha impedido que la calidad de la producción se destaque en el mercado hispano quizás porque de todos modos hay competencia entre las cadenas colombianas por la audiencia y la venta internacional de la serie es la que produce la ganancia abrumadora. El sindicato de toreros quería una cuota dentro de los carteles organizados en la temporada baja de España, a pesar de que los buenos toreros colombianos no tenían problemas de acceso. Existe también una tradición de censura que

asoma cada vez que puede, como en el Consejo Nacional de Televisión que ha tenido enfrentamientos al respecto con la Corte Constitucional con la que me identifiqué en esta ocasión, para variar.

Hay que recordar que Colombia rehusó involucrarse en la globalización del siglo XIX y que sólo en el XX pudo insertarse exportando café. La clase política estaba liderada por intelectuales formados en el latín y el griego, especializados en filología castellana, lo que era expresión del apego a la herencia hispánica. El autismo gramatical le impidió a esta clase política entender la necesidad de importar la tecnología de Occidente para fortalecer a la Nación. En eso nos parecemos a la China continental que por el mismo tiempo tenía una clase política de intelectuales formados en el chino clásico que no era inteligible por el pueblo. Por contraste, como lo relata Patek Lal en su libro **Inintended Consequences**, en el Japón bajo la restauración Meiji, una burocracia que era más militar que política decidió absorber todo sobre la ciencia y las tecnologías occidentales, sin tener que renunciar a su identidad nacional. Mientras el Japón llegó a ser una gran potencia mundial, la China y Colombia permanecemos aislados y atrasados. China despertó recientemente y se ha decidido por la globalización, mientras nosotros continuamos recelosos de la misma.

Cincuenta años de protección industrial y agrícola en Colombia en este siglo debilitaron la capacidad tecnológica de las industrias colombianas que gracias al arancel defensivo podían utilizar bienes de capital de segunda mano y despreocuparse por exportar. Ese mismo arancel hizo que la moneda se revaluara al deprimir la demanda por importaciones, desincentivando exportaciones distintas a las tradicionales. Nuevamente en el caso japonés y repetido por los tigres asiáticos, el Estado les ofreció mucho apoyo a las empresas, incluso protección arancelaria, pero estrictamente a cambio de que se modernizaran y exportaran. Es importante despertar una actitud devoradora entre nosotros sobre la cultura y la ciencia, como nos lo sugería el filósofo político brasileño Melquior, que circulan incesantemente en una economía globalizada y para eso debemos desplegar las capacidades básicas para hacer esto posible, entre otros enseñar otras lenguas en nuestro sistema educativo.

Yo creo que los que celebran Seattle no entienden bien que se trató de una alianza de ultra-nacionalistas norteamericanos, sindicatos de los países avanzados, defensores del medio ambiente y personas en verdad preocupados por el creciente poder de los países más ricos y de sus empresas. En Francia se desarrolló antes la concepción de que el nuevo orden internacional consistía en exportar la miseria social de los países pobres y de salarios bajos. Las voces más disonantes eran las que exigían que se cerrara el comercio de nuevos bienes industriales que están exportando las economías asiáticas en fuerte desarrollo, peculiarmente contra la China continental. Eso es devolvernos a la vieja división internacional de exportar materias primas y a asfixiar la aspiración de competir con nuestras manufacturas en los mercados de Europa, protegidos ahora por la social-democracia.

Y está la confrontación violenta, las ganas de romper vitrinas, como forma de expresión que es criticada sutilmente en una obra de teatro de Tom Stoppard, “La verdadera cosa”, “The Real Thing”. Se describe una situación en la que un preso “político” radical, Brodie, quien pretende defender sus actuaciones escribiendo una diatriba, le pide ayuda a Henry para que se la edite. Pero Henry se rehusa hacerlo y dice:

“No quiero participar en esto. Puede que Brodie (el preso) haya sido perseguido injustamente, puede que no. Yo no sé. Él es un patán con el lenguaje. Yo no puedo ayudar a nadie que crea que editar un periódico es censura o tirar piedras es una manifestación

política o construir torres de apartamentos es violencia social o que posiciones de mal sabor son provocaciones mientras que abuchear a un orador es ejercitar la libre expresión. Las palabras no merecen esta clase de tratamiento. Ellas son inocentes, neutrales, precisas, quieren decir esto, describir lo otro, significar aquello, de tal modo que si las buscas puedes construir puentes sobre la incomprensión y el caos. Pero cuando se violentan las palabras ya no sirven y Brodie las violenta. Yo no creo que los escritores seamos sagrados pero las palabras si lo son. Ellas se merecen respeto. Si logras escoger las adecuadas en el orden preciso, puedes codear suavemente al mundo o hacer un poema que los niños recitarán cuando tu estés muerto”.

Hay que entender que este orden nuevo causa inseguridad en segmentos de los trabajadores de los países avanzados quienes han experimentado condiciones de pleno empleo por doscientos años. Ellos son desplazados en alguna medida por los que ganan menores salarios y presionan por la estabilidad de esos empleos. Pero al mismo tiempo esas economías no perdieron su capacidad de crear empleo y tras un proceso de ajuste, que puede ser traumático, estos trabajadores encuentran nuevos empleos, quizás peor pagados de los que disfrutaban antes. Es apenas natural que sus sindicatos se opongan vigorosamente a esta situación de inestabilidad y de deterioro de sus altos patrones de vida. Es obvio también que el beneficio de este orden es grande para las grandes empresas que lo organizan. Pero otros beneficiados en los que no quieren pensar los idealistas que sabotearon Seattle son los trabajadores mexicanos, chinos, coreanos, tailandeses, indonesios, costarricenses y de los países atrasados que logren insertarse en ese nuevo orden, los que pasaron de una vida de miseria absoluta a otro de pobreza relativa pero con esperanza de mejorar hacia el futuro y algunos que viven en países que alcanzaron el pleno empleo como Corea del Sur, avanzan hacia niveles de calidad de vida mayores no solo económica sino políticamente. Puede suceder, como se aprecia, que los intereses transnacionales y cosmopolitas favorezcan a los trabajadores del tercer mundo.

Ese comercio implica también que los países que exportan manufacturas adquieren bienes de capital e intermedios producidos por los países ricos que compensan en parte la pérdida de los empleos en las industrias densas en mano de obra. Habría posiciones intermedias como la de permitir el comercio de estos países pero exigirle a sus gobiernos prohibiciones sobre el trabajo infantil y de otorgar libertades sindicales mínimas, lo cual atenta contra su soberanía. Pero la posición radical que sonó más fuerte fue la de prohibir ese comercio que le traía tantas ventajas incluso a los consumidores de los países ricos y que hace que liberen ingresos que demandan los bienes electrónicos, en cuya producción se expande el empleo calificado.

### **El Banco de la República y la cultura**

Una parte considerable de la acción cultural del estado colombiano ha sido puesta bajo responsabilidad del banco central colombiano, suponiendo que el señoraje que se derivaba del monopolio de la emisión y de sus excesos, generaba un tributo que tendría el fin muy presentable de ser invertido en bibliotecas, las artes, la música clásica, museos de cerámica y orfebrería indígena, investigaciones sociales y algunas becas de postgrado. De esta manera, el banco se tornó en patrón de las artes, financiado por un impuesto imperceptible pero aún así importante que salía inadvertidamente de los bolsillos de todos los ciudadanos, en especial de los que percibían rentas fijas que erosionaba la inflación. Eso no es una forma democrática de tributación y la tarea fundamental del banco es

devolvérsela a los ciudadanos, eliminando la inflación. Por mucho tiempo, ni a ellos ni a sus representantes se les ocurrió cuestionar la utilización de estos recursos, en tanto que tenían aparentemente un noble fin, cuando en la realidad la mayor parte de ellos financiaban el gasto del gobierno.

Sin embargo, la constitución de 1991 detuvo esta asignación de recursos al parecer ilimitada y estableció que las actividades culturales del banco no debían aumentar en términos reales. Incluso la inversión en el área cultural del banco se descuenta de las utilidades que se le entrega al gobierno. De esta manera, las utilidades del banco debían ser entregadas en mayor proporción al gobierno que debía asignarlas según sus prioridades, su presupuesto y su plan de desarrollo y no destinar cuantiosos recursos a fines no contemplados por el sistema político de representación de intereses ciudadanos y regionales. De esta manera ha quedado quizás más claro que antes que los recursos destinados a la actividad cultural surgen claramente de la masa de impuestos que pagamos los colombianos y que, por lo tanto, debe haber una discusión de los fines que tiene el gasto, especificar las prioridades de destinación y establecer estrategias para hacer rendir más los recursos asignados a cada actividad, incluyendo las culturales.

### **Algunas propuestas**

Una de las formas de financiamiento de la cultura en muchos países es incentivar la filantropía privada mediante descargas de impuestos en alguna proporción con las donaciones hechas a entidades sin ánimo de lucro y que tienen fines culturales. Se trata de incentivar una actividad que se supone tiene externalidades externas positivas o sea que genera más valor social que el costo privado de emprenderla. En cierto modo, es otorgarle a una persona la opción de dirigir sus impuestos hacia un fin específico, sin consultar las prioridades que le asigne el gobierno y el congreso elegido por los ciudadanos. Se podría imaginar una situación extrema donde todos los grandes contribuyentes decidieran apoyar sinfónicas, museos, películas, libros, etc., de tal modo que el gobierno perdiera la discrecionalidad sobre el gasto y no pudiera pagar por la salud, la educación, la seguridad, etc. Esta es una limitante a este tipo de medidas porque en una sociedad pobre y donde la gente no paga muchos impuestos, las prioridades del gasto son entendidas como las que alivien a la mayor parte de la población posible. Aún así, el gobierno debe incluir en su presupuesto consideraciones y partidas sobre las demandas que surgen del alma de los ciudadanos y en este sentido debe continuar con una política que incentive la filantropía.

La tradición colombiana no es muy afín a la filantropía en la misma forma que ocurre en otros países donde la gente rica quiere destacarse públicamente y para ello hace donaciones importantes a universidades, museos y recintos culturales que deben retribuir al donante mediante el nombramiento del salón, museo o actividad con el nombre del mismo. La carencia de seguridad personal o el alto costo de esta desincentiva a muchas personas de llamar la atención sobre su riqueza donando sumas importantes en forma pública para fines culturales o sociales. Los donantes anónimos no parecen ser muy frecuentes en ninguna parte del mundo.

La Comisión Nacional de Televisión podría dirigir una parte de sus inmensos excedentes a adquirir películas de cineastas colombianos de buena calidad, de obras de teatro y de conciertos que serían transmitidos por el canal supuestamente cultural. El Fondo Mixto Cinematográfico podría incluso proveer parte del financiamiento del salto de series de televisión exitosas en el pasado a películas, como “La mala hora”, “Café”, “Betty la Fea”, “Cuando quiero llorar no lloro” o los victorinos, “Amar y vivir” y todas las series

realistas que ya tienen una clara posibilidad de ser éxitos de mercado y que contaron con una buena calidad de realización. Es importante despolitizar el canal cultural, reducir sus altos costos de funcionamiento y que no sea ocupado por actividades que muestran una calidad muy baja porque han sido capturadas por distintas fuerzas políticas, sin consideraciones meritocráticas. Es que la cultura y la destinación de sus fondos, como en el caso del banco central, requieren de un estatus independiente, comités de artistas y científicos reconocidos por sus pares, con estabilidad de largo plazo, que tomen decisiones bajo exclusivas consideraciones de mérito, que analicen propuestas anónimas y que frente a las alternativas que se les presente escojan las mejores.

En conversaciones con Sergio Cabrera él manifestaba que el problema de los cineastas colombianos es que es difícil obtener las economías de escala que garanticen la producción de un cierto número de películas colombianas por año. El valor de la boleta es muy bajo, US\$3 en promedio, situación que surge de que los distribuidores internacionales ven a los países en desarrollo como mercados marginales pues el grueso del recaudo y de las utilidades se logran en los grandes mercados donde la entrada se acerca a los US\$9. En cierta forma los productores de Hollywood hacen dumping, lo que es a la vez circo barato para el público colombiano y eso conduce a que se aleje el punto de quiebre que hace rentable la producción de largometrajes. Él sugería establecer un arancel que igualara el precio internacionalmente y estaba seguro que la elasticidad de la actividad era suficiente como para aumentar el ingreso total de las salas, productores y distribuidores en forma muy importante que justificaría la producción nacional de filmes.

En una industria en franca contracción, como lo revela el estudio de Fedesarrollo, debido, primero, a cambios estructurales creados por la televisión por cable, las video tiendas y la televisión y, segundo, a la profunda recesión que nos envuelve, habría que considerar integralmente los usos de las películas. Un arancel tan alto como el sugerido podría frenar aún más la asistencia a las salas y no es seguro si el ingreso total de la actividad aumentase en la forma prevista. El otro problema es que sería un impuesto específico que tiende a ser ineficiente: o a dar más ingresos que los requeridos y se despilfarra o a ser insuficientes para su objetivo. Se podría considerar medidas en cada uno de los mercados de las películas: que se muestren en los canales de cable en el país, en tanto se comprometan a mostrar películas colombianas; combatir la piratería en la producción, distribución y arriendo de videos, imponer una contribución moderada a los asistentes a las salas de cine, etc.

El otro problema es que invertir en películas colombianas es una operación de alto riesgo que implica tasas de interés muy altas y préstamos a más de dos años de plazo. Sin embargo, si la operación termina siendo exitosa y el film se vende internacionalmente, las utilidades terminan siendo también elevadas.

El estudio de Fedesarrollo sugiere una contribución para-fiscal del 10% de la taquilla destinada al Fondo de Financiación de Películas que entraría a hacer un financiamiento subsidiado, una vez que el productor local haya conseguido un coproductor internacional, lo cual garantiza cierta calidad mínima y una distribución fuera del país. Otra forma de facilitar préstamos de la banca privada a los cineastas colombianos es que el fondo de financiación asuma una póliza de riesgo sobre el cumplimiento del préstamo, lo cual facilitaría la aprobación del préstamo y cubriría de hecho buena parte del riesgo implícito en la operación. Otro de los elementos que facilitará hacer películas colombianas hacia el futuro es el enorme abaratamiento de la filmación en video de alta calidad y la digitalización del sonido.

